

El profesor Cacho tenía de la cultura una idea algo vetusta, reñida con cualquier pluralismo. La cultura puede ser vista como un tejido de creencias, de maneras de pensar, de relatos; algo coyuntural y en evolución, en constante intercambio y coexistencia con culturas distintas. Lejos de ello, para Cacho, como

para el nacionalismo etnolingüístico, la cultura es una especie de totalidad cerrada, sistemática, esencial. Cataluña es, por tanto, un espacio «perfectamente delimitado geográficamente y culturalmente». Una idea nada moderna y, por desgracia, muy siglo XX.

JAVIER VARELA

Michael Richards

A time of silence. Civil war and the culture of repression in Franco's Spain, 1936-1945,
Cambridge University Press, 1998.

Dice Juan Benet (*La sombra de la guerra*), y yo estoy de acuerdo con él, que la guerra civil ha sido el acontecimiento más importante de la España contemporánea. En su opinión, que hago mía, «nada ha conformado de tal manera la vida de los españoles del siglo XIX y todavía está lejos el día en que los hombres de esta tierra se puedan sentir libres del peso y la sombra que arroja todavía aquel funesto conflicto». Y en efecto, sus consecuencias se manifestaron muy pronto en el devenir de la vida española de la inmediata postguerra y su rastro, o su sombra, planea todavía sobre nosotros cuando nos acercamos al término del milenio. La normalidad con la que se quiere ahora contemplar la historia española contemporánea salta por los aires si verdaderamente se calibran las hondas repercusiones que nos dejó el 18 de julio de 1936. Ningún otro

país europeo pretendería haber tenido una «historia normal», si en su suelo se hubiera desatado el intenso y desgarrador conflicto interno que sufrió la sociedad española durante tres largos años de guerra civil.

Sin duda los peores años fueron los transcurridos durante el propio conflicto y los inmediatamente posteriores, que coincidieron además con una guerra a escala continental. Casi tres décadas de contrarrevolución, de aislamiento y de retroceso en todos los órdenes. El libro de Michael Richards, producto de una tesis doctoral dirigida por Paul Preston, describe los principales rasgos políticos, económicos y culturales de esa España regida por Franco desde su aterrizaje en la península en el verano de 1936. El hilo conductor de su razonamiento y el concepto esencial en torno al cual gira toda su argumentación es el de autosuficiencia, o si se prefiere

el de autarquía. La violencia política, la represión policial, el fundamentalismo religioso, la cultura de género, el lenguaje, la organización económica todo lo quiere construir a partir de esa mágica y sonora palabra. Para el autor, el fin primordial y único de Franco y los suyos fue la creación de un espacio puro, cerrado, en el que no se colase ninguna idea liberal ajena al alma española. El término de autarquía lo utiliza, pues, en un sentido que trasciende lo estrictamente económico y cuya materialización exigió para su cumplimiento el ejercicio de una cultura de la violencia. Violencia y cultura autárquica forman un binomio indisolublemente unido, sin fisuras: la autarquía implicaba una práctica política necesariamente represiva y la violencia fue posible merced a la existencia de una sociedad aislada, no contaminada por ideales tales como pluralismo, democracia, libertad.

El autor ha organizado el volumen en dos partes. En la primera teoriza sobre los fundamentos ideológicos de la cultura de autosuficiencia. Según su parecer se trata de una ideología que tiene la extraña virtud de servir como instrumento para purgar los males de la patria, pero que igualmente sirve de mecanismo para la regeneración de la sociedad española ya curada de los males del liberalismo; también fue un método empleado por las élites vencedoras para la eliminación de cualquier tipo de disidencia. La

autarquía también sirvió como eje para la vertebración del Estado. La segunda parte del libro transita por los distintos caminos a través de los cuales se puso en práctica la autarquía. Las páginas las dedica sobre todo a repasar la formulación de la política autárquica en las distintas áreas de la economía, en particular en la industria y en el campo. El autor repasa los razonamientos que expusieron los líderes e ideólogos franquista para justificar la estrategia de industrialización hacia adentro, con fuerte presencia e intervención de los poderes públicos. Una de sus principales conclusiones es que el régimen conscientemente adoptó la autarquía como uno de sus principios inspiradores. La búsqueda de la autosuficiencia fue el mecanismo elegido por los vencedores para imponer un largo tiempo de silencio, el suficiente para que surgiese una nueva sociedad cuyos valores entroncasen con los de la España eterna; una nación unida y santa.

El libro de Richards está bien armado y el que desee empaparse del significado y las consecuencias de lo que es un sistema social autosuficiente tiene en él una magnífica introducción. El autor ha explorado con detenimiento cada una de sus aristas. Se nota que para la confección de su texto ha realizado un esfuerzo ingente de investigación en fuentes primarias y muestra también un conocimiento completo de la literatura, dando cuenta de ella de

forma exhaustiva en más de 1.200 notas que ocupan la friolera de 100 de las 270 páginas de texto. Prácticamente cada frase o afirmación lleva su correspondiente cita. Ello sería sin duda loable, si no fuera porque en muchas ocasiones es innecesario. Tantas referencias para cada afirmación se convierten en una verdadera trampa. Las referencias aparecen sin orden ni concierto, mezclando los trabajos de científicos serios, con los de autores menos serios, escritores de manual y con los de simples publicistas. Al aparecer juntos, sin discriminación, da la impresión que Richards les otorga la misma valoración. De hecho, todo autor que haya tocado o dicho algo sobre el asunto —la autarquía— está incluido en la correspondiente cita, en ocasiones sin venir a cuento. Se trata de una verdadera cabalgada por la historiografía. En unos casos las referencias son exactas y en otros muy incompletas, y por tanto inservibles. Creo que los lectores especializados y conocedores que lean con la atención que merece el libro de Richards se quedarán perplejos. Coleccionar referencias de la manera que lo hace el autor quizá estuviese justificado para su tesis, pero, a mi entender, el libro no lo necesitaba.

La investigación de Richards con ser meritoria tiene también problemas de fondo. El de mayor calado es precisamente la abusiva utilización del concepto del autarquía para explicar e in-

terpretar todo lo acontecido en España entre 1936 y 1945. Mi opinión, contraria a la suya, es que la autarquía tuvo dos componentes, uno deseado por distintos grupos del régimen, pero también tuvo un componente de imposición debido a las circunstancias externas. Muchos dirigentes franquista se hubieran zafado de ella, al menos en el campo económico, mucho antes de lo que imaginamos, pero simplemente no pudieron. Además, no creo que la autarquía fuese consustancial al régimen y prueba de ello es que cuando fue necesario y se presentó la ocasión abandonaron, sin pudor, la estrategia, se vincularon a las potencias occidentales y buscaron su apoyo político, que consiguieron, y su ayuda material, que también lograron. Pausadamente se olvidaron de los tan aireados principios aislacionistas y de autosuficiencia sobre los cuales, según sostiene Richards, montaron el Estado y el régimen. Cuando esas mismas potencias occidentales, democráticas y liberales, acogieron a Franco en su seno, el régimen franquista se trasmutó y comenzó a desmantelar el aparato autárquico, lo cual no significó, como sabemos, que cesara la violencia política o que se concedieran libertades políticas. Además, dentro del régimen no todos eran igualmente autárquicos. Richards cita a los políticos y economistas que escribieron a favor de la autarquía, pero olvida que otros tantos, por ejemplo los que fundaron la Facultad

de Económicas en 1944, no comulgaban con esas ideas y eran plenamente conscientes de sus efectos negativos. Verdad que esos no ocupaban los resortes de poder, pero en cualquier caso formaban parte del «establishment». A mi modo de ver con el concepto de autarquía hubo demasiada retórica y realmente pocos se lo tomaron en serio, con verdadera convicción. Juan Antonio Suanzes, un hombre autárquico libre de toda sospecha y uno de los máximos exponentes de la industrialización hacia adentro, al mismo tiempo que se declaraba firme partidario de la autosuficiencia económica, negociaba con compañías norteamericanas para fabricar, con su ayuda y dinero, automóviles en España. Convencidos de que el país podía progresar al margen de la economía internacional los hubo muy pocos. Entre los empresarios casi ninguno apoyó abiertamente una desvinculación definitiva de la economía europea en aras de la regeneración moral y política.

El libro de Michael Richards

debe leerse. Presenta una visión crítica de la dureza de aquellos años de guerra y postguerra. La sociedad española quedó partida y sobre ella se ejerció una violencia inusitada. Las palabras de Juan Benet reciben confirmación: los hechos, lo que pasó, repercutió hondamente en esas y posteriores generaciones. Es la interpretación lo que le discutimos al autor. Ni al comienzo de la guerra ni a su término los vencedores tenían un modelo autárquico de sociedad, como tampoco tenían un modelo totalitario. Quizá no tuviesen ni siquiera modelo, al menos en el ámbito de la economía. Dos últimos ejemplos, por lo que puedan valer en contra de la idea de un ideal autárquico concebido durante el conflicto: pasaron dos años antes de la creación del Instituto Nacional de Industria (INI); y el Ministerio de Hacienda estuvo del 39 al 41 a cargo de José Larraz, que de autárquico no tenía ni la sombra.

PABLO MARTÍN ACEÑA

Michael Ignatieff
Isaiah Berlin. Su vida,
Madrid, Taurus, 1999.

«Era generoso con las palabras y con el tiempo», dice Ignatieff en la presentación de la biografía de Isaiah Berlin. Esas palabras que le hicieron ser famoso y respetado, y ese tiempo

que le concedió una vida larga que él supo vivir de manera serena y razonablemente feliz. Y resultado también de la palabra viva y directa de Berlin es esta biografía, redactada a par-